



## Fuera del paraíso

**L**a palabra crisis ha vuelto por sus fueros a nuestra República. Hay una nueva crisis económica, sobrepuesta a una crisis de seguridad heredada, en el horizonte de unas elecciones cuyo sonido no puede ser sino el de la discordia: impugnaciones recíprocas y adrenalina oratoria.

Circula el diagnóstico de un país a la deriva, con un Estado fallido. Una loca espiral de muertos y ejecutados nos asalta día con día desde los encabezados de los periódicos. La crisis económica devalúa la moneda a un ritmo que creíamos olvidado. La prensa registra un pleito mayor del gobierno con el mayor empresario de México. Los medios forcejean con la autoridad electoral, que produce sistemáticos camellos tratando de cumplir una ley que quiso dibujar un caballo. Impera en la sociedad una sensación de estancamiento, un rechazo a sus políticos, una saturación ante los pobres resultados de una democracia que produce pleitos y parálisis, más que certidumbre y futuro.

Quisiera romper una lanza por la otra parte del retrato, la parte que no se registra todos los días en los medios de comunicación pero que quizá es el paisaje de fondo de la agitación en que estamos, aquello en que se sustenta la posibilidad de nuestro descontento, el fondo del retrato que no

se suele ver y que, sin embargo, nos sostiene a todos.

Las debilidades de México están a la vista. No hay cómo negarlas ni cómo esconderse de ellas, pero esto es en gran medida gracias a la mayor conquista política que el país haya tenido en estas décadas, acaso en las décadas todas de su historia: la conquista de la vida democrática.

El rumor de la discordia en México tiene el sonido inconfundible de una sociedad libre, capaz de manifestar sus diferencias. La pluralidad democrática sorprende cada día nuestros hábitos y rebasa nuestra organización. Leyes, instituciones y responsables políticos van atrás de la aparición galopante de nuevas demandas, intereses y ciudadanos que expresan sin restricciones la diversidad política, geográfica, social y moral del país.

Hemos mordido el fruto del árbol de la ciencia, y nos expulsamos todos los días del paraíso. Nunca hemos sido tan conscientes de nuestros males y tan capaces de ventilarlos en público como ahora. La democracia nos ha acercado a la verdad de lo que somos, a una compleja y a ratos dolorosa mayoría de edad. Es el bastidor sobre el que libramos nuestros pleitos y no se ha rasgado con ellos: ni ha destruido las instituciones ni ha puesto en riesgo un solo momento la gobernabilidad del país. ■M

[acamin@milenio.com](mailto:acamin@milenio.com)

